

VISPERAS DEL REFERENDUM EN GRECIA

¿Para qué sirve Constantino?

En las visperas del referéndum de Grecia sobre la restauración monárquica, que implicaría el regreso de Constantino como Rey y el final de la República creada por los coroneles mediante otro referéndum de cuya sinceridad se duda como de todo lo gobernado durante esa época, los pronósticos son menos claros que cuando fue convocado. Se suponía entonces que había un mayor número de republicanos que de monárquicos en el país, y que concretamente la figura de Constantino, que había causado el movimiento militar por su obstrucción personal a la vía democrática, y que durante los primeros meses de la Junta había colaborado con ella, iba a ser fácilmente rechazada. El resultado de las elecciones favorables a la derecha de Karamanlis —monárquico— no se consideraba como indicativo de lo que sería el referéndum.

Pero las conferencias televisadas y las declaraciones de prensa de Constantino desde Londres le han granjeado nuevas simpatías. Constantino ha aparecido como un hombre capaz de reconocer que había cometido errores durante su reinado, y que había intentado combatir al fascismo, pero no había sabido cómo hacerlo. Ha indicado suavemente que su madre, la Reina Federica, no iba a regresar a Atenas en ningún caso, sino que pensaba continuar «sus estudios de filosofía en la India»: la Reina madre, alemana, ha sido considerada como excesivamente influyente en la política real y muy aficionada a los Gobiernos fuertes.

Los grupos contrarios a la monarquía no se han dejado impresionar por estas declaraciones: siguen planteando el tema de Constantino como el del hombre que cerró la puerta a la democracia y se la abrió al fascismo, y plantean la pregunta más inquietante para la campaña monárquica: ¿Para qué sirve Constantino? Esto es, en razón de qué el Rey puede significar una mayor garantía para la democracia que parece deseada por todos. El término democracia está en las dos opciones que tiene el pueblo griego ante la votación del domingo: ha de depositar en el sobre que va a las urnas una papeleta de color marrón si desea una democracia monárquica, o una verde si desea una democracia presidencialista, republicana (la distinción de colores se hace teniendo en cuenta el alto nivel de analfabetismo en las provincias).

Karamanlis, su partido y su Gobierno han proclamado la neutralidad en esta cuestión (aunque cada uno de sus miembros debe votar según su conciencia). La oposición republicana (se considera oposición porque no cree en la verdadera neutralidad del Gobierno y de su Presidente) aduce que se han dado más facilidades a los monárquicos que a ellos. Otros grupos plantean un problema que es inherente a todos los referendums (por el cual han sido descartados de las democracias más fieles a sus principios): la falta de matización. Se puede ser mo-



Miles de griegos se manifiestan en Atenas contra la intervención americana, la antigua Junta y el posible retorno de Constantino.

nárquico y no querer que sea precisamente Constantino el que reine; se puede ser republicano y no desear la continuación de Giziakis, que fue impuesto por la Junta fascista y ha continuado después.

El impacto de las declaraciones de Constantino, la inclinación de Karamanlis y su Gobierno, la presión que las autoridades puedan hacer en el electorado rural, y sobre todo los enormes fondos electorales de que disponen los monárquicos (se dice que el Sha del Irán ha entregado personalmente a la campaña un donativo de tres millones de dólares) frente a la pobreza de los republicanos (intelectuales, clases populares), pueden contrarrestar con ventaja el republicanismo que hace unos meses mostraba la mayoría de la nación. ■

Los Contem pora neos

POLITICA CHURRIGUERESCA O LOS LADRONES DEL YO

La política —aquí— se va haciendo cada vez más abstracta. Quiero decir que, a mi entender —que es sencillo—, va haciéndose cada vez más lejana de la realidad del pan de cada día para abstraerse en formas literarias. Tiene, a veces, unos sesgos de novela

de capa y espada, de romanticismo —celadas, conspiradores al atardecer—, y otras de alta comedia —salones de lujo, cóctel de champán, sorbete de naranja después de la comida—; otra cobra acentos de himno fascista de la mejor época ("spunta il alba / e canta il gallo; / il Mussolini / monta a cavallo") y anida en voces de "médium" que evocan los muertos y hablan por ellos, ahuecando la voz como en el verso crítico de León Felipe "Camino": "Yo no ahueco mi voz para asustaros..."; ahora se ahueca la voz para asustarnos. Hay benaventuros cuchicheos de nombres propios alternando con alusiones medio veladas: literatura críptica. Los profetas aúllan, y los apocalípticos. Los que "están en el secreto" sonríen, o se hacen sardónicos, o se pretenden acerrados...

Los temas: evanescentes, delicuescentes. Algo tan sencillo como el término "asociaciones" —grupos de personas que se reúnen con un mismo fin— se esoteriza, se reviste de magia y misterio, levanta pavores o devociones: como si fueran el fin del mundo o el principio del mundo. La palabra se va hinchar, creciendo y al mismo tiempo perdiendo densidad. Como ese azúcar batido y batido en las barracas de feria, que llega a tomar el aspecto de un enorme copo de algodón. Palabra de punto de nieve. Anduvo por ahí una encuesta en la que se preguntaba: "¿Qué le pediría usted a la Ley de Asociaciones?". "Yo le pediría que me permitiese asociarme conmigo mismo, en primer lugar", hubiese contestado yo si alguien me hubiera preguntado. Le pido a la Ley que no me disocie más, que no dé más tirones de mi integridad. "¿Que me roban mi yo!", gritaba Miguel de Unamuno. Cada día abundan más los ladrones del Yo. Los que me definen por ellos, los que me interpretan por ellos, me asumen, me subsumen, me toman, me digieren,

me defecan; los que emplean la palabra "nosotros" incluyéndome a mí, que no quiero. Tiempo de viejos y jóvenes brujos, tiempo de definidores, de enunciadores, de teóricos, de dogmáticos. Tiempo de dueños del tótem y el tabú, que conocen las frases para inmo-

vilizar, conocedores de ensalmos, de conjuras, de fórmulas, consultantes de veladores, veladores ellos mismos de tres patas, expertos en el Gran Alberto y el Pequeño Alberto, embalsamadores, arispides, escrutadores de signos. Futurólogos y pasadólogos. Hombres que tienen un gran futuro en su pasado; hombres que tienen un gran pasado en su futuro.

Todos los fines de época tienen algo de angustioso y al mismo tiempo de carnavalesco. Hay que mirarlo todo, aún, un poco por encima para no dejarse arrastrar por la mojiganga, tan tentadora; por el bululú, por el ñaque. Podría un espíritu simple creer que esto es la política de verdad, y no es —todavía— más que la de ganga. (Rimbaud escribía: «Nous ne sommes pas au monde». Después, Artaud matizaba: «Nous ne sommes pas encore au monde»).

Pero, ¿qué riqueza de espectáculo! Comediantes del Sur, ampulosos y enfáticos, con sus enormes ademanes exagerados; conspiradores furtivos del atardecer; bajos de ópera buja; intrigantes de pasillo; expuertos en naderías, escribidores de latiguillo, curritos de estaca (con los bajos vacíos para ser movidos por la mano de su maesepedro); bombarderos de libros, escritores de pared; confidentes, glosadores de lo inglosable, masticadores de vocablos —palabras como chicle—, escalatorres. Papanatas de Burgos, gigantes y cabezudos, espantapájaros de los campos. Aprendices de brujo...

El barroquismo político de este final de 1974 es esplendoroso. Culteranismo, conceptismo de la política de imitación. Churriguerismo. Habrá que esperar que, si se cumple la ley de los estilos, venga después una sencilla época de neoclásico. Quizá entonces pueda uno recuperar su Yo robado; quizá entonces pueda hacer algo con él. ■

POZUELO